

no es fácil cambiar. La idea de que el PAN debe cogobernar se ha abierto paso con dificultad entre las bases panistas. Si las elecciones del 18 de agosto sitúan a Acción Nacional en su antiguo lugar puede generarse un malestar que debilite al partido y agudice sus pugnas internas; pero ante todo le plantearían un reto colosal: para cogobernar y volver a equilibrar la cámara de diputados deberá multiplicar su fuerza electoral, es decir, pasar de un 17 a un 34 o 45% de la votación. Este es un reto colosal porque, pese a los avances, Acción Nacional -salvo en ciertas regiones- no ha logrado pasar la barrera del 20% de la votación. Para dar este brinco será necesaria mucha audacia; dos requisitos parecen indispensables: actualizar su discurso político en lo que se refiere a la secularización de la sociedad y renovar los liderazgos. No hay que olvidar que la fuerza del PAN en 1988 estuvo vinculada con la personalidad carismática de Clouthier. Situación que se repite en Baja California con el gobernador Ruffo.

¿Hay un más allá para el PAN? ¿Podrá dar el salto? No lo sabemos, pero ciertamente no será fácil. Se puede esperar, eso

sí, que su influencia en ciertos espacios -como las ciudades capitales y otros centros urbanos- crezca y se expanda. Pero eso no significará que haya ganado la batalla para convertirse en un partido con vocación nacional de gobierno.

*Más de lo mismo.* El PRD optó, en la mayoría de los casos, por elecciones abiertas entre sus militantes para designar a sus candidatos. Fue un buen esfuerzo pero los resultados fueron magros; la participación, como era de esperarse, fue mínima. El procedimiento para la designación de los candidatos plurinominales confirmó lo que sabe todo el mundo: el PRD es una confederación de organizaciones que se disputan internamente el poder. La exclusión de importantes líderes de las listas plurinominales y la inclusión de otros desconocidos fueron consecuencias de la rivalidad y negociación internas.

Por otra parte, la campana de Muñoz Ledo en Guanajuato dice más que mil palabras. Entre el 18 de agosto y la elección presidencial de 1994 el PRD abrirá un paréntesis. La previsible caída de la votación se “explicará” por un descomunal fraude; la denuncia y la agitación

sustituirán a la actividad política. La propuesta de posponer las elecciones (o la amenaza de no participar) y la denuncia de que se maquina un enorme fraude van en este sentido.

Lamentablemente, como hemos visto, el hundimiento del PRD tendrá consecuencias negativas no sólo para este partido, sino para el pluralismo y el equilibrio de poderes en el conjunto del sistema político.

#### BEGIN TO BEGIN?

Si los pronósticos electorales del presidente del PRI se consuman, volveremos al predominio del partido oficial. Será una forma atenuada, pero efectiva, de partido hegemónico. Si, por el contrario, la mayoría priísta consigue alrededor del 50% de los votos, el sistema político conservará el equilibrio que siguió a las elecciones presidenciales. El segundo escenario es el deseable, pero el primero es el probable. Por desgracia ni la historia, ni las transiciones democráticas se escriben con la tinta indeleble de los buenos deseos. Con todo, lo único que cabe es esperar.

## OTRA OPACIDAD SOBRE LÓPEZ VELARDE

GUILLERMO SHERIDAN

AGRADEZCO A GABRIEL ZAID TANTO SUS “Aclaraciones sobre López Velarde” (Vuelta 175) como su “Otra aclaración sobre López Velarde” (Vuelta 176). Me apena haber cometido una falta de educación editorial al publicar mi breve respuesta al artículo del Dr. Ruy Pérez Tamayo en la misma página y en el mismo número. No tuve la intención de casi arrebatárle la palabra a nadie y pido perdón si es que, como es obvio, se considera que lo intenté. Tampoco me sentí, ni me siento atacado por nadie: estoy interesado, no mas. Mi agradecimiento al Dr. Pérez Tamayo por su participación en este asunto es sincero: creo que una lectura médica (y física y química y hasta farmacéutica) de López Velarde arrojaría resultados muy interesantes, y lo que él hizo en “Una lectura médica de ‘La flor punitiva’ ” es ahora un muy apreciable antecedente. Me complace mucho

que a Zaid le guste mi libro y prometo, en caso de que haya una reedición, emendar la ausencia de un aparato crítico. Voy a comentar ahora sus “Aclaraciones” esperando que lejos de enfadar, interesen a los lectores aficionados a López Velarde.

Tengo la impresión de que las observaciones de Zaid en el número 176 de *Vuelta* contradicen un poco las del 175. Estoy de acuerdo en que “todo está por aclararse”, pero estaría aun mas de acuerdo en que lo que está por aclararse es casi todo. Varios críticos e investigadores han aportado una cantidad muy respetable, seria e inteligente, de conocimientos lópezvelardeanos. Hay que precisar lo mucho que falta por hacer sin desdeñar lo que ya se hizo. Creo que en lo que toca a la parte biográfica del problema, el quehacer se multiplica, y que, como el mismo Zaid lo pone en practica

en sus trabajos, hay que investigar, pero sin dejar de especular, conjeturar y aventurar hipótesis con el objeto de que otros interesados las precisen, las aclaren o, desde luego, las refuten. En el jai - alai de Jalisco 71 hay varios pelotaris de valía, y no está de más recordar que la pelota vasca es tan ardua y apasionante que es imposible practicarla a solas.

Zaid y el Dr. Pérez Tamayo están de acuerdo en que la pura neumonía no pudo matar a este hombre “sano física y moralmente”, como insistió Alejandro Quijano’ en su discurso frente a la fosa el día del entierro. Zaid propone una hipótesis interesante: que la depresión propició su muerte, que la suma de agravios que enumera en su primera aclaración hicieron al poeta sentirse “un fracasado, con ganas de morir”, que su pobreza, sus ambiciones frustradas y sus sentimientos de culpa “lo asfixiaron con

una bronconeumonía”. Desde luego hay tantas bases documentales para creer que la depresión fue circunstancia concurrente como para creer que fue la sífilis, es decir: ningunas. Todos conjeturamos porque, a falta de pruebas documentales, no hay otro remedio (¡Qué envidia de Henri Troyat, que se enfrenta a la agonía y a la muerte de Maupassant con el expediente clínico ante los ojos!). Los argumentos de Zaid me parecen de peso, son interesantes y pertinentes hasta en sus debilidades, pero dudo que pertenezcan exclusivamente a lo que llama “el mundo A” (es decir: “el mundo histórico, médico, corporal donde se da la enfermedad y muerte de López Velarde”) y creo que inauguran su propio “mundo B” (es decir: que su propuesta también “organiza su propio mundo”), como debe ser. A su hipótesis se le podría contestar diciendo, por ejemplo, que nadie, ni siquiera un priísta, se deja morir por un adverso cambio de gobierno; que LV estaba acostumbrado a que le fuera mal, a ser pobre, a sentirse culpable, a que le dijeran que no, a que lo dejaran con “las migajas del festín”; que se antoja muy difícil que a un hombre de esa edad lo aniquilen contratiempos, culpas o reveses de cualquier índole; que deseaba viajar a Italia, que estaba aprendiendo a bailar, que sus amigos lo recuerdan de buen humor (incluso de muy buen humor, como Heliodoro Valle, que narra: “¡Cómo reímos jovialmente y comentamos a Góngora la noche última que anduvo en un restorán con flores y risas!”; vamos, hasta Jesús B. González dice que cuando ya estaba en cama, LV “estaba un poco triston y decaído”).<sup>3</sup> Desde luego, era un buen humor que pudo disfrazar su “pergeño lúgubre” sin reñir con esa angustia que le detectó el joven José Gorostiza y que, de tan vieja, ya tiene rasgos maniaco-depresivos: “ensimismado a veces, a veces cordial y extrovertido... la bonhomía de LV, que la tenía a carretadas, solía irse a pique en un mar de repentina lóbreguez hasta alcanzar la profundidad de lo fúnebre y lo macabro...”<sup>4</sup>\*

En todo caso, es factible contraponer a los argumentos de Zaid a favor de la tesis de la depresión, la reiterada insistencia de López Velarde, en los escritos de los últimos años, sobre la anafrodisia, la impotencia, el miedo a la locura y a la cirugía, que autorizan pensar en otra enfermedad que, desde

luego, podría de hecho fortalecer la tesis de la depresión. Como traté de explicarlo en mi nota al Dr. Pérez Tamayo, yo no sostenía la tesis de que López Velarde tuvo sífilis y que esa enfermedad colaboró a matarlo. “Existe la tesis...”, dije en mi carta a Pérez Tamayo y quizá obré mal, puesto que no tengo pruebas documentales. Efectivamente, parece ser que fue en mi libro **Un corazón adicto** donde la palabra fatídica se publicó por primera vez. No obstante, apelo a mi honra para sostener que, cuando decidí tocar el asunto en mi libro, lo hice porque hubo ciertos amigos míos escritores, personas a las que respeto, que comentaron que “corría la especie”.

Sí hay quien ha tratado de explicarse a LV desde puntos de vista heterodoxos, por escrito y sin miedo, y aventurando tesis bastante más graves que la que yo insinué. Manuel Torre (a quien tergiversé en protagonista de mi libro) escribió hace cuarenta y siete años un trabajo titulado “Biopsia y raíz de López Velarde”<sup>5</sup> en el que hace un recorrido sagaz por su obra para proponer un cuadro psicológico de LV. Torre llega a la conclusión de que “la prodigalidad de su virilidad sin trabas engendró en los años de madurez una continencia forzosa, y quizá una decepción biológica que es incuestionable”. Su análisis de “El candil” le sugiere que el “anonadamiento” -que no es por decrepitud ni por insulsez- “sólo puede justificarse por una causa quirúrgica o traumática”. Torre se detiene ahí, pero es fácil intuir a qué clase de cirugía se refiere. (Una lectura con diccionario de “El candil”, por cierto, produce información curiosa: el **Diccionario del erotismo** de Cela aclara, en la entrada **rameras**, a qué se refería LV cuando dice que su nombre de pila “es una ardiente cábala”; el Casares explica que decrepito significa “amenguado de potencia” y que insulso significa “falta de viveza”, etc.)

Vale la pena recordar a algunos comentaristas que se han aproximado, con inteligencia pero con pudor, al problema de la sexualidad lópezvelardeana. Villaurrutia no escatima habilidad para decir sin decir; otros sí dicen, como Sergio Fernández, que inicia una lectura sexual de “Anima adoratriz” pero no la completa; Martha Canfield hace una lectura lacaniana y llega a proponer que el erotismo de LV se reduce al sexo y el

sexo a la genitalia;\* el médico Nandino, en su poema “Para el espíritu del poeta mexicano RLV” dice que comprende “el peso del dolor en tus entrañas,/ comprendo los tatuajes que las nubes/ olvidan en tu cielo subcutáneo...”;<sup>9</sup> Carmen de la Fuente declara que su muerte “según sus amigos íntimos, tuvo caracteres suicidas... LV había dejado avanzar la enfermedad y nada pudo hacerse... “, enfermedad que no pudo ser la neumonía (que no pide permiso) y agregando que había una culpa “grave, porque deliberado ha sido su encuentro con la concupiscencia... la certidumbre de su delito lo lleva a exclamar que siente entre sus brazos latir un hijo ciego”;<sup>10</sup> Fernández Ledesma se refiere a lo del “cuchillo de cirujano” diciendo que su poesía estaba hecha de “los accidentes de su ser y de su vida. Con esos accidentes, sublimados hasta la tortura, escribió esos renglones... Emoción hermética para los que no atinen a dilucidar la esfinge”;<sup>11</sup> Gerardo Deniz discurre elegantemente en sus “Curiosidades velardeanas”<sup>12</sup> sobre el “Mal” de la decrepitud y la impotencia sexual pero también regatea información (sería interesante que explicara lo de las “impedimentas”); Rivas Sáenz cree que el corazón de LV “ha descendido a sus vísceras y se expone a una mezcla de todas las afecciones humanas”.<sup>3</sup>

Desde luego (casi) todo está por aclararse, pero uno tiene la impresión de que si la palabra fatídica no aparece nunca, su eco resuena por su silencio. Se puede desde luego proponer que, una vez más, se trata de la gonorrea. Pero hay datos que me parecen dignos de ser tomados en cuenta para la discusión. Una de las razones por las que calculé que se podía mencionar lo de la sífilis radica en una información pertinente aportada por el doctor Bernardo Gastélum, quien fue amigo de los Contemporáneos y que fue jefe de Salubridad y fue tan salubre que vivió hasta los cien años. Dice Gastélum, en un estudio publicado en 1926, que el 50% de la población sexualmente activa del Distrito Federal tiene sífilis, que de las 20 000 prostitutas que hay en la ciudad, 18 000 la padecen y que el 30% de la población entre los 15 y los 30 años está infectada.\* Si LV dice que ha besado mil bocas, que hubieran pertenecido a la mitad de las no infectadas hubiera sido portentoso. Además hay que tener en cuenta que el

número de bocas besadas, en el caso de LV, no es hiperbólico ni retórico.<sup>45</sup> Hay que recordar que estamos hablando de los años en que ya se hablaba de la **sifilización occidental**. Sólo en la ciudad de México, en un trimestre de 1926, se reportan dos mil casos de sífilis nuevos y se registran doscientas muertes.<sup>16</sup> La situación obliga a la Academia Nacional de Medicina a organizar varios encuentros de especialistas a partir de 1918 (y en los que, por cierto, suele participar el Dr. Mario Torroella).<sup>17</sup> Uno puede pensar, en la postpenicilina, que las cifras son exageradas, pero eso se atenúa cuando se revisa el estado de la epidemia en todo el mundo. Alain Corbin cree que, sólo en París, en esos años, hay 125 000 mujeres sífilíticas, el 20% de las cuales son “esposas honestas”, y A. Duclaux, director del Instituto Pasteur, afirma en 1902 que hay un millón de sífilíticos en Francia (y dos millones de blenorragícos). La epidemia adquiere tales dimensiones, que en 1913 se convierte en un problema geopolítico: los norteamericanos proponen que “la nación que primero consiga hacer retroceder la enfermedad, habrá adquirido una superioridad considerable sobre sus adversarios.”<sup>46</sup> La sifilofobia se tradujo entonces, según Aries y Duby, en nuevas formas de vida, de organización familiar y de comportamientos jurídicos y pedagógicos que modificaron a fondo las cosmmbres. Ellos mismos, en el tomo cuarto de su obra,<sup>18</sup> explican el desarrollo de unas “mitologías de la herencia” a partir de la segunda mitad del XIX, que médicos y novelistas (Zola) propagan para fortalecer “el banco genético” a fuerza de atacar las sexualidades periféricas, origen de degeneraciones raciales que sustituyen “la buena sangre” con la sangre averiada de la sífilis, a la que se le achaca popularmente toda anormalidad física y casi toda la mental.<sup>19</sup> Por último, es muy interesante el análisis sobre cómo la palabra fatal y, claro, el padecimiento, se escamotea y disimula en un código elabladísimo de eufemismos (el “fracaso”, la “avería”, “el paño de la Verónica”<sup>20</sup> que el Dr. Bergeret combate como un factor que agravaba el problema epidemiológico.<sup>21</sup> El horror de LV ante la secuencia matrimonio - fertilidad - paternidad - herencia (“Vale más la vida estéril que prolongar la corrupción más allá de nosotros”, dice en “Meditación en la Alameda”), que debe es-

tudiarse a la luz de la cultura sifilofóbica de la época, adquiere entonces una relevancia que modifica las consabidas especulaciones de índole metafísica (lo que molesta a Zaid, y a mi también) para adquirir un carácter muy determinado por la historia de la mentalidad finisecular que me parece más rico en posibilidades que la explicación económica que Zaid insinúa.<sup>22</sup>

Pero sigue en pie el asunto central que ha dado origen a esta discusión. Si hasta ahora nada prueba que López Velarde tuviera sífilis, hay un dato que me condujo, de haber recogido el rumor ambiente en mi libro, a postularlo ahora casi como una certeza. Para desarrollarlo conviene tener a la vista el poema “Ánima adoratriz”, de **Zozobra**.

Se trata de un poema sumamente hermoso que es, además, quizá el más hermético de ese libro de este autor ímimo, misterioso y secreto. Creo que Sergio Fernández<sup>23</sup> tiene razón cuando propone que se trata de un poema genital (“el barómetro lúbrico, que en su enagua violenta”, etc.), cuya novena estrofa contiene una imagen que es la que me parece importante a la luz de esta discusión:

Espiritual al prójimo, mi corazón se inmola para hacer un empréstito sin usuras aciagas a la clorosis virgen y azul de los Gonzagas y a la cárdena quiebra del Marqués de Priola.

En una peculiar urdimbre de martirologio y contabilidad, el corazón se sacrifica en aras de un préstamo no venal para las dos vertientes hacia las que su espíritu siente adicción: la santidad azul de la familia Gonzaga y la sangre quebrada del Marqués de Priola son una articulación más de la dualidad funesta característica. Pero contiene un ingrediente mórbido tan eruditamente rebuscado que, hasta donde sé, no se había comprendido.

El Marqués Jean de Priola (un nuevo don Juan) es el protagonista de lo que los Goncourt llamaban un “drama parisino”, **Le Marquis de Priola**, escrito por Henri Leon Lavedan en 1901 y estrenado por la Comedia Francesa el 7 de febrero de 1902. Una semana después de su estreno, el 15 de febrero de 1902, el drama fue publicado por **L'Illustration** en forma de suplemento.<sup>25</sup> ¿Lo leyó entonces López Velarde? Otra posibilidad es que la haya visto representada en México, donde la Compañía Dramática Ita-

liana Ruggeri - Borelli, la representó por lo menos dos veces, en el Teatro Arbeau, el jueves trece de enero y el sábado 19 de febrero de 1910.<sup>26</sup>

El dramón de Lavedan, carente de interés literario hoy en día, tuvo éxito porque, de manera simultánea, rompía el pacto de silencio sobre la sífilis y atizaba la sifilofobia ambiental a la que me referí antes. El Marqués de Priola es un seductor que educa a su protegido (que más tarde, claro, resulta ser su hijo) en estos términos: “Engaña a las mujeres, engáñalas siempre, por nada, por gusto, por la elegancia y el orgullo de engañarlas.” Cuando el protegido, que es médico, trata de indagar por qué su amigo es así, éste contesta: “No lo sé. Me viene de lejos. Todos los crímenes, las ruinas, las orgías, los dramas voluptuosos y sangrientos del pasado se han acumulado sobre los Priola.” El marqués evoca entonces su genealogía, un catálogo de burladores que culmina con su padre, suicida a los 38 años por culpa “de su **fracaso**”. El marqués en quiebra es un desfalcador del “banco genético”. Suceden una serie de aventuras de alcorba más o menos vehementes hasta que el protegido, que acaba de descubrir que el marqués desbarató a su familia, se enfrenta a él y se cobra venganza anunciándole su castigo:

PRIOLA: ¿Estoy enfermo?

PIERRE: Perdido..

PRIOLA: ¿Qué es lo que tengo?

PIERRE: Sus excesos lo han envenenado. ¡La sangre de los Priola! Esa sangre de la que tanto presume acarrea todas las inmundicias de generaciones... ¡Es usted víctima del mal que no perdona!

El marqués pierde la conciencia. Pierre y el médico de cabecera del marqués lo revisan. El médico diagnostica: “Ataxia aguda. Antes de seis meses quedará ciego e impotente. Después, la locura. Y así podrá durar veinte años.” Telón.

El mal de los Priola se caracteriza ve- lozmente, y con una sintomatología que todo espectador de la época podía reconocer, como una neurosífilis en sus etapas avanzadas.<sup>27</sup> López Velarde mira la representación, o la lee, y se impresiona a tal punto que nueve años más tarde - si es que su contacto con la pieza data de 1910 o 1911- la utiliza para cifrar, en el centro de un poema fundamental, una situación definitivamente trascendental para él.

Regresemos al poema. El corazón del

poeta, pues, se inmola, dentro del sistema de dualidades funestas, hacia dos apellidos contradictorios que simbolizan los extremos de la sexualidad: la clorosis y la sífilis. La clorosis con la que López Velarde caracteriza a la familia de San Luis es otra "enfermedad" de época: en la idea de que las enfermedades femeninas tenían su origen en el sexo, se llamaba clorosis a una "morbosidad polimorfa", a una "demencia puberal", que atacaba a las mujeres que, rigurosamente vírgenes, empalidecían hasta el verdor (cfr. "La doncella verde") y languidecían hasta el "angelismo", para poblar decenas de novelas y poemas (como el ciclo de Fuensanta), hasta que llegaba la única curación posible según la idea de la época: el miembro masculino.<sup>28</sup>

A la "clorosis virgen y azul", forma extrema de pureza sexual que roza el sadismo,<sup>29</sup> que configura parte del ámbito de lo deseado, habitual de López Velarde, se contraponen y en otro plano, se complementa la realidad de una "cárdena quiebra" que no puede leerse más que como la "avería" de la sangre, **el fracaso**, no mercantil sino fisiológico, de la sífilis. Entre la helada virginidad impoluta que conduce a la demencia y los excesos sexuales que, por la ruta de la sífilis, la precipitan, se cierra el círculo del poema y del interdicto sexual. El conflicto entre la sangre demacrada del ángel y la sangre pútrida del enfermo se confunde en el sinfín de la demencia, cuya amenaza recorre la conciencia y la escritura de nuestro poeta. Podría suponerse, claro, que la alusión se limita a la necesidad de representar ante sí mismo, de modo dramático y elocuente, una caracterización de atributos morales en los apellidos de sus figurantes. Pero el hecho de que el "empréstito" sea **al portador** y esté girado no al marqués, sino a su sangre enferma, modifica la interpretación: el espíritu anhela la clorosis, pero la sangre padece la sífilis y ambas son demenciales. El hecho de que la estrofa en cuestión aparezca inmediatamente después del enigmático terceto sobre el desdén a recoger la sangre o a lavarla siquiera, también tiene su peso. "Nadie quería confesarlo, pero la muerte de Ramón fue una tragedia pavorosa. Ahora puedo decirlo: la muerte no fue para él un accidente natural de la vida, sino el golpe repentino e inexplicable que, de vez en vez, tienta la resignación de los hombres", dice Gorostiza. No

se como haya que interpretar este testimonio, pero lo que sí sé es que no podrá lograrse ateniéndonos a lo que Pedro de Alba y sus similares nos permiten ver desde su comprensible pudor.

Mi intención ha sido compartir con otros aficionados a López Velarde, a invitación de Zaid, algunas propuestas en la confianza de que serán recogidas y criticadas. Creo que sería importante regresar a López Velarde e incluir entre las ópticas para su estudio una lente atenta a su sorprendente y complejo empleo de la sexualidad como recurso poético. Le decía José Emilio Pacheco<sup>30</sup> al fantasma de López Velarde hace tres años: "Queremos entrar a saco en tus papeles privados, revisar tus sábanas, descubrir tus huellas genitales.. has caído en manos de la policía judicial literaria (. . .) Llamamos investigación a lo que si estuvieras vivo repudiarías como chisme, libelo, asalto inadmisibles a tu intimidad.. ' . Estas líneas me conmueven y me apenan. No sabríamos cómo mirarlo de frente, pero necesitamos leer su poesía. La gravedad de esa pena se atenúa, relativamente, en el hecho de que hay una razón para fungir de judicial, la que el mismo Pacheco aporta y a la que todos nos ceñimos: **tú tienes la culpa por haber escrito esos libros maravillosos.**

#### NOTAS

- <sup>1</sup> "Ramón López Velarde", *México moderno*, 1112, 1 de noviembre de 1921.
- <sup>2</sup> "Carta a Tablada", en *Excelsior*, 4 de febrero de 1989, p. 9b.
- <sup>3</sup> "Cómo murió López Velarde", *El Sol de México*, 19 de junio de 1971, p. 1.
- \* "Perfil humano y esencias literarias de López Velarde", Prosa, Universidad de Guanajuato, pp. 219 y ss.
- <sup>5</sup> *El Nacional*, 30 de julio de 1944, pp. 3/5. Pido excusas por haber puesto mal este dato en la "Bibliohemerografía" de mi libro *Un corazón adicto*, F.C.E., México, 1989.
- <sup>6</sup> En "Ramón López Velarde", *Obras*, p. 642 y ss.
- <sup>7</sup> "Ramón López Velarde", en *Homenajes*, SEP Setentas 36, México, 1972.
- \* Según Pacheco, Proceso 345, 13 de junio de 1983.
- <sup>9</sup> *Revista de la UNAM* 451, agosto de 1988.
- <sup>1</sup> "Ramón López Velarde. Su mundo intelectual y afectivo", FEM, México, 1971.
- "Ramón López Velarde", *México moderno*, 11, noviembre de 1921.
- <sup>1</sup> *La gaceta* del F.C.E., 176, agosto de 1985.
- <sup>1</sup> *La redondez de la creación*, JUS, México, 1951, p. 33.

<sup>14</sup> Según Margarita García Flores, "Sexo y taquilla", *Aproximaciones y reintegros*, Textos de humanidades 33, UNAM, 1982, p. 46.

<sup>15</sup> Varios testimoniantes hacen constar el fervor putanesco de LV, del que el poeta no se avergonzaba, por ejemplo Bernardo Ortiz de Montellano en "Sombra y luz de RLV"; *Papel de poesía* 35, junio de 1946, Saltillo. El poeta mismo hace referencias frecuentes a esta actividad, por ejemplo, en "Plateros".

<sup>16</sup> *Boletín del Departamento de Salubridad Pública*, 1, 1926, p. 298 y ss.

<sup>17</sup> *Gaceta médica de México*, LXI, 6, México, p. 356.

<sup>18</sup> Todos estos datos vienen, se amplían y se comentan en "El cuerpo y el enigma sexual", en *Historia de la vida privada*, V, P. Aries y G. Duby, editores, Taurus, Madrid, 1989, pp 381 y ss.

<sup>19</sup> "La familia triunfante", pp. 121 y ss.

<sup>20</sup> "A partir de 1880 las enfermedades genitales se vuelven obsesionantes. El dogma ascendente de la heredosífilis mantiene la idea de la imposibilidad de la curación; y graba en el espíritu del enfermo la imagen de una descendencia de engendros, destinados a una muerte precoz. Occidente sufre la tentación del eugenismo." Duby y Aries, *op.cit.*, IV, p. 518.

<sup>21</sup> Esta última una metáfora elocuente que, supongo, se refuerza por la asociación fonética con la verole, el nombre popular de la enfermedad en Francia.

<sup>22</sup> Por cierto que este Dr. Bergeret es al que se refiere López Velarde en "Semana Mayor" (*Obras*, p. 255), que no al seudónimo de Anatole France como lo señala el índice onomástico. Bergeret era el principal propugnador de las campañas profilácticas que suponían como primer paso contra la epidemia de sífilis el control de la prostitución. El gobierno del Distrito Federal, en su campaña de 1916, a la que alude López Velarde en ese texto, puso en práctica sus recomendaciones.

<sup>23</sup> Me parece débil la idea de que alguien que deseaba casarse entonces no lo hiciera por razones de dinero. Aprovecho, ya en este terreno, para oponer a la idea de Zaid sobre el hecho de que LV viva "arrimado" contra su voluntad a la casa de Jalisco 7 1, la circunstancia de que funciona como uno de los sostenes de la familia; de que hay hermanos muy pequeños; de que, como primogénito que era y después de la turbulenta relación con el padre (que incluía el mandato de velar por la familia) no podía separarse de ella, recién emigrada y sola. Sin embargo, hay un dato que permite suponer que ensayó vivir solo un tiempo. Julio Sesto, en un libro pobre pero curioso, titulado *La bohemia de la muerte* (Tricolor, México, 1929, p. 300), recuerda que López Velarde vivía "en una

casita con un torreón circular que hay en la avenida Juárez 58, cerca de Chapultepec, y con vista al cementerio de Dolores.”

#### 24 *Opcit.*

25 Manejo un lujoso ejemplar ilustrado que guarda la Biblioteca Nacional, UNAM.

26 Según don Enrique de Olavarría y Ferrari en su *Reseña histórica del teatro en México, 1538-1911*, V, VIII, pp. 3227-3234, Porrúa, México, 1961. Jesús Romero Flores dice que López Velarde estuvo en la Convención Antirreeleccionista en el Tívoli del Elíseo la tercera semana de abril de 1910, en un dato que no he logrado comprobar. Sabemos que el 19 de junio de 1911 también vino a México, con propósito todavía ignorado (véase mi libro Ramón López Velarde. *Correspondencia con Eduardo]. Correa y otros escritos ju-*

*veniles (1905 - 1972)*, México, F.C.E., 1991, p. 147). Olavarría indica que la Compañía Italiana haya viajado a la provincia, pero no es imposible. Se me antoja difícil, por el escabroso tema, que una compañía nacional la haya montado en esas fechas. Por desgracia, el libro de Olavarría ya no cubre el mes de junio de 1911. En cualquier caso, es un hecho que López Velarde viajó a la Ciudad de México con mayor frecuencia de la que nos imaginábamos, antes de 1912, y pudo ver una representación.

27 Los síntomas concuerdan con la descripción que hace de la “neurosifilis” el Dr. Ángel Brioso Vasconcelos -oaxaquerio, sí-, sifilógrafo de la Academia Nacional de Medicina, en su artículo del mismo nombre en la *Gaceta médica de México*,

1, 4, enero de 1921, pp. 15-18

28 Sobre la clorosis y su relación con la imaginación literaria finisecular, véase Jean Starobinski: “Sur la chlorose”, *Romantisme*, 51, Sangs, París, 1981.

29 “Demacrada la Pureza o exangue la Lujuria, él encontraba en los repliegues de su compunción, donde había diluido átomos de sadismo, la generosa munificencia”, dice, aunque no explique la naturaleza de esa compunción, refiriéndose a la misma cuarteta, Fernández Ledesma. *Op.cit.*

w “Ramón López Velarde y su obra”, en *La voz nueva*, 1927.

31 “La prisionera del Valle de México”, *Proceso* 606, 13 de junio de 1988, pp. 50-52. En este hermoso trabajo, por cierto, se aclaran algunas de las dudas de Zaid sobre Margarita Quijano.

CARTA DE MADRID

## QUANDO FAZEN LAS CALORES

BLAS MATAMORO

### CORTÁZAR. APRÉS - COUP

Homenaje a Julio Cortázar en la Biblioteca Nacional y la Real Academia de la Lengua. La colección Archivos, auspiciada por la Unesco y coordinada por Amós Segala, lanza una edición de *Rayuela*, a cargo de dos cortazarianos devotos y pacientes: Julio Ortega y Saúl Yurkievich. Cortázar, informal y chacotón, aparece duramente encuadrado, arropado de estudios sesudos, presentado desde el estrado púrpura.

La ocasión es buena para revisar tópicos que los glosadores y enseñantes se pasan a través de los años, a libro cerrado. Lo gratuito, lo lúdico, lo humorístico de Cortázar. Lo abierto de su textualidad, sus apelaciones al lector activo, “macho”, que penetra las rendijas de la escritura, Lo femenino de todo libro, que ha de ser abierto para ser leído, inundado de signos, fecundado por el disparo seminal del lector.

En rigor, *Rayuela* es un libro con escasas rendijas. Si su aspecto es fragmentario, su insistencia reiterativa llena los huecos. El discurso de la historia contada o casi contada, está constantemente apoyado por explicaciones didácticas, magistrales, doctrinarias, acerca de qué y cómo hay que leer allí. El lector está,

todo el tiempo, supervisado por Morelli, que parece haber supervisado a Cortázar, alguna vez.

Jugar es inventar una regla del juego, pero el juego cortazariano está muy determinado por reglas muy claras, de una elegante y persuasiva rigidez. La gratuidad de su fantasía tiene que ver con otra cosa, con la gracia del humorista, que se ríe de lo más trágico y con la pérdida Gracia de los dioses muertos. *Rayuela* es una enésima alegoría de la muerte de Dios en un mundo secularizado por la razón, lo que Cortázar llama “mundo cartesiano”. Muerto Dios, el camino de perfección que lleva del Infierno al Cielo, según el esquema de la rayuela, queda reducido a un juego de niños, a una inocua parodia de desarrollo del destino y el carácter, del adentro y el afuera del héroe que se va educando mientras nosotros, los lectores, vamos internándonos en su aventura, y educándonos con él.

El mundo sin Dios se queda sin ombligo y sin eje, sin Omphalos y sin Igdrasil. Sin falo, diría un psicoanalista. El héroe de Cortázar no puede tener hijos y el hijo de su amante, la Maga, muere asfixiado durante una conversación erudita del Club de la Serpiente, símbolo del saber profano y parodia del *axis mundi*: por la Serpiente perdimos la

inocencia y, en lugar de ser un eje rígido, es una sinuosa caricatura axial.

Por eso, Oliveira, tal vez, busca siempre relaciones en triángulo, donde él queda en situación de hijo. El otro varón es el maestro, el que hace de padre. Pero como Dios ha muerto, su autoridad carece de última legalidad. Si Dios ha muerto, no hay capitanes de artillería, diríamos, recordando a Dostoevski.

Cortázar es, sigue siendo, un sujeto decisivamente religioso. Esto puede rastrearse en su historia personal: católico y falangista en su juventud, la de “Julio Denis”, la de su libro de sonetos (esto lo ha investigado Ernesto Goldar en su trabajo sobre los argentinos y la guerra civil española), transitó luego a un escepticismo esteticista, calcado sobre la religión del arte de los simbolistas, que habíamos recibido, en nuestra lengua, gracias a la obra de Rubén Darío. Cortázar pasó por la Escuela Normal de Profesores, en Buenos Aires, donde enseñaban dos buenos concedores del simbolismo francés: Arturo Marasso y Leónidas de Vedia.

Por fin, la revolución ocupa el lugar del arte, que había sustituido a la religión. El líder revolucionario es Cristo Pantocrátor y la guerrilla instaura un nuevo orden, inspirado en un cuarteto